

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



CAROL HOLLOWAY

CUADERNO Nº 37

35 CTS

EL PRÓXIMO CUADERNO

Tullio Carminati

El eminente y elegante actor italiano, ídolo
de las mujeres - Sus principales creaciones
Su vida - En la intimidad - Sus aventuras

EN PREPARACIÓN:

Geraldine Farrar - Frank Mayo
Grace Cunard - Jack Pickford

TAPAS ESPECIALES

en tela y oro, ricamente decoradas, para encuadernar el primer
volumen de

"Tras la Pantalla"

PRECIO: 1'50 PTAS.

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal o en sellos de correo, con un aumento de diez céntimos por gastos de franqueo

Certificadas: 35 céntimos

Tapas y encuadernación: 2'50 Ptas. para los lectores de la Capital

DIRIGIRSE: Bruch, 3 ~ BARCELONA
y a todos nuestros corresponsales

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

CAROL HOLLOWAY

POR

MIGUEL GARCÍA ACUÑA

EL ARTE, VALIENTE Y
SENCILLO, DE CAROL
::::: KOLLOWAY :::::



ENTRE las artistas cinematográficas de América, Carol Holloway ocupa uno de los primeros lugares. Un lugar que debe exclusivamente a su arrojo y a su intrepidez, sin que elementos extraños hayan intervenido para elevarla.

Carol Holloway es una de las reinas de las películas en episodios.

Alejada del género Pearl White, la artista inimitable la que arrebatava a los públicos por su audacia, por su elegancia y por su belleza, sólo pueden hacerle la competencia Ruth Roland, Helen Homes y alguna otra que en este momento no recordamos.

¿Es superior Carol Holloway a estas artistas?

Nosotros creemos que sí. Tiene nuestra heroína sobre las artistas mencionadas la superioridad de la sinceridad.

Todo es sincero en la Holloway; desde el vestido, de una sencillez absoluta, hasta la sonrisa que baila constantemente entre sus labios.

Tanto Helen Holmes como Ruth Roland son artistas elegantes, acostumbradas a triunfar en los escenarios de los teatros y en los salones de Los Angeles y Nueva York. Cuando tienen que interpretar el rol, excesivamente modesto para ellas, de hija de un granjero, se ven obligadas a esforzarse para olvidar sus hábitos mundanos, de *clubwomen*, y poder dar vida con exactitud al personaje que han de crear.

En Carol Holloway no ocurre esto, no puede ocurrir. La artista a que nos referimos es una artista modesta por temperamento y por nacimiento, y se encuentra como el pez en el agua cuando crea esta clase de personajes, que tanto predominan en la películas de series y tan perfectamente encajan en su carácter y en sus aptitudes.

De ahí esa sensación de naturalidad que nos producen las películas en que la Holloway juega el principal papel.

Prescindamos en estas creaciones de la parte principal de la parte en que la artista derrocha valor e intrepidez. Nos quedará entonces la visión de una encantadora muchach sana y fuerte, que viste con desenvoltura, pero sin elegancia.

En efecto, todos vosotros, los que habéis visto «Panther», «Carpanta» y «El monte del trueno», habréis observado como nosotros que la Holloway, lo que viste mejor es ese traje cowboyesco, con que a menudo aparece en esas películas. Tiene una gracia sin igual para colocarse ese traje, casi masculino, que lleva como adornos complementarios pistolas y cartuchos.

Pero la habréis visto también vestida con unos trajes de *soirée*, un poco tribiliarios y un poco *demodées*. Y no os ha parecido entonces que su modista cargaba demasiado la mano en los encajes y en los tules, dando a la pobre Carol un lamentable aspecto de muchacha de pueblo que se pone de tiros largos para asistir a un baile dominguero?

No. La Holloway no es elegante. En sus largos años de artista de cinematógrafo no ha podido olvidar los resabios de su antiguo vivir, lejos del ruido de las ciudades, primero, después como obrerita en Nueva York y Chicago. No ha podido elegantizarse hasta hacer olvidar su origen.

Pero la artista tuvo el buen gusto de no persistir en sus propósitos y se resignó a no ser elegante, lo cual no le perjudica excesivamente pues en el género que ella cultiva lo de menos es la elegancia y lo de más el valor.

Y de valór sí que anda sobrada la linda Carol. Es su valor un valor sereno, tranquilo, que no teme al peligro, pero que tampoco

se arroja locamente en sus brazos. Es el valor consciente de la persona que conoce toda la magnitud del peligro y se atreve a afrontarlo, porque tiene muchas probabilidades de vencerlo.

Un periódico nos habla de Carol Holloway en la siguiente forma:

«La habréis visto trabajar en «Panther» y en «Carpanta», esas dos series tan atrevidas de la Vitagraph. Y seguramente habréis quedado un poco asombrados ante la intrepidez, ante el valor sereno y audaz de esta mujer, que, con una sonrisa de ingenuidad bailando constantemente en sus labios carnosos, cruza a través de todos los peligros.

Nosotros, en estas cintas, le hemos visto realizar proezas pasmosas, en las que no había trucos ni preparaciones.

Y muchas veces hemos pensado que un descuido, un resbalón, hubiese dado fin en una escena a la vida de esta mujer.»

Hoy por hoy, la Holloway es una potencia indiscutible en ese género peligroso de las películas de episodios.

Tal vez un día, cuando los años le hagan perder esa agilidad y esa serenidad que son ahora sus características, la bella Carol encuentre más difícil el camino de la vida, porque eno podrá como otras artistas refugiarse en un género menos peligroso.

Pero hasta que llegue esta fecha han de transcurrir todavía muchos años, y la Holloway sabe guardar el dinero que gana a montones.

**LA INFANCIA DE LA AR-
TISTA. — EN LOS BOS-
: QUES DE NEBRASKA :**

El mismo periódico a que antes aludimos nos hace en la forma que sigue el retrato de la notable actriz de series Carol Holloway.

«Carolina Holloway es una mujer de regular estatura, un poquito regordeta.

Su rostro, colorado y lleno, animado siempre por una sonrisa de optimismo, de satisfacción, resulta extremadamente simpático.

Tiene el tipo clásico de las norteamericanas: ágil, desenvuelta, risueña. Y su naturalidad al trabajar ante el objetivo, en la que no hay una afectación, un movimiento de pose, nos convence y nos cautiva.

Gusta la Holloway extraordinariamente de vestir el traje gracioso de *cow-boy*, con el cinturón lleno de cartuchos y mostrando, amenazadoras, las culatas de sus pistolas.

Este vestido le favorece mucho. Le da un aspecto de vigor, que contrasta agradablemente con su cara de muñeca.

Los vestidos de sedas y gasas no caen tan bien sobre su cuerpo acostumbrado a la gimnasia, sin que, aunque esto no sea decir que no sabe llevarlos.»

Físicamente, es Carol Holloway tal com el periodista nos la presenta. Moralmente, su retrato no es mucho más complicado.

La artista es tan sencilla en su vida del hogar como en su vida de la pantalla. Nada denuncia en ella a la mujer que goza de extraordinaria popularidad, y que, por lo tanto, ha sentido alguna vez, punzante e intenso, el orgullo del triunfo.

Sus aficiones son pueriles y poco costosas, cual si la actriz temiese hacer alarde de una riqueza que ha ganado con su trabajo, exponiendo la vida en infinitas ocasiones.

Nació Carol Holloway en Beatrice, un pueblo del floreciente estado de Nebraska, perteneciente a la república de Estados Unidos, un día de agosto de 1896.

Era su padre capataz de una importante explotación forestal, y por este motivo, Carol se crió en medio de los bosques umbríos que ponen sus manchas obscuras sobre aquel territorio de una belleza agreste y bravía.

No fué su cuna de las más lujosas, pero en cambio los brazos robustos de los taladores la mecieron en su niñez, y sus voces roncás se dulcificaban para cantar un canto inocente, que adormecía la criatura.

Y en aquella escuela de fortaleza y de salud, Carol Holloway se hizo sana y fuerte como una walkyria wagneriana, creciendo entre aquellos hombres hoscós y brutales que su padre capitaneaba y escuchando en los melancólicos atardeceres la canción viril de los pinos.

No se cuidó mucho de formar su espíritu. Su madre, que era la única que podía hacerlo, murió al poco tiempo de darla a luz, y su padre estaba demasiado ocupado con la tala de pinos para preocuparse de tales menudencias.

Por eso Carol Holloway, a la edad en que otras niñas se entusiasman sinceramente con las muñecas y aprenden en el colegio las primeras letras, ya montaba a caballo con facilidad pasmosa y trepaba a los árboles con la agilidad de un mono.

Aprendió después a manejar el rifle y la pistola, y a la edad de catorce años era una muchacha varonil, que a menudo mediaba en las disputas de los hombres y a quien temían hasta los mismos obreros de su padre.

Pero un día ocurrió la catástrofe que había de trastornar la vida de la futura actriz.

Fué una catástrofe vulgar y estúpida, que privó a Carol para siempre del autor de sus días.

Hacia algún tiempo que un grupo de obreros de la explotación



Carol Holloway

Caricatura de Stres

forestal habían jurado vengarse del capataz Holloway por diferencias surgidas en el seno de trabajo. Y aprovecharon aquel día par llevar a cabo su venganza.

Se estaba talando un bosque de pinos cerca del pueblo de Beatrice. Todo el día, desde por la mañana, ensordecía el monte el estruendo de los pinos al caer y las voces de los taladores que avisaban la proximidad del peligro.

Holloway andaba por entre sus obreros dando órdenes, sin sospechar que la muerte acechaba sus menores movimientos. De pronto notó un ruido extraño sobre su cabeza, y antes de que pudiese retirarse, la copa de un pino inmenso cayó sobre él, destrozándole el cráneo.

El golpe fué brutal para Carol. Cuando tuvo la evidencia de la catástrofe, cuando contempló a su padre tendido sobre la hierba del bosque, con el cráneo en astillas, con la cara bañada en sangre, le pareció que el mundo se abría a sus pies, que toda su vida, tan feliz y tan libre se desgajaba al choque brusco de aquella tragedia.

Y quiso morir ella también.

Pero era su juventud demasiado fuerte, demasiado vigorosa, tenía la vida demasiados encantos para que una joven de quince años pretendiese abandonarla.

Y cuando pasaron los primeros días de intenso dolor, Carol Holloway pensó seriamente en su porvenir. Pensó que no podía seguir allí, entre aquellos hombres rudos y brutales que habían asesinado a su padre. Entre aquellos taladores, solamente algunos viejos sentían por ella un cariño cordial y desinteresado. Los demás, gente joven venida de lejanas tierras, veían en Carol una muchacha apetitosa, cuyos quince años de vida al aire libre, representaban unos lozanos veinte años de cualquiera otra mujer.

Ya no era solamente una razón sentimental la que le obligaba a marcharse de allí. Era también una razón de conveniencia, ya que nada podía seguir haciendo entre aquellas gentes aventureras, para quienes el respeto y el afecto desinteresado eran palabras vacías de sentido.

Lo comprendió así Carol, y algunos días después de la muerte trágica de su padre reunió a algunos de los obreros más viejos de la explotación y les dijo:

— Yo necesito marcharme inmediatamente de aquí, porque entre estos hombres de la explotación peligrá mi honestidad.

— ¿Pero qué vas a hacer en otro lado—le preguntó uno de aquellos ancianos—sin experiencia alguna de la vida ni conocimientos prácticos para emprender cualquier camino o dedicarte a cualquier profesión?

— No lo sé. Pero todo es preferible a seguir entre estos hombres, algunos de los cuales están manchados con la sangre de mi

padre. Proporcionénneme ustedes dinero para marchar a Nueva York, y aprenderé a luchar por la vida.

No hubo más remedio que acceder. Aquellos hombres curtidos en el trabajo de la explotación no tardaron muchas horas en reunir a todos sus compañeros para comunicarles el deseo de la hija del capataz. Allí mismo se hizo una cuestación entre los obreros, y a los dos días Carol Holloway tomaba el tren con destino a Nueva York, despidiéndose con lágrimas en los ojos de los buenos obreros ancianos que cuando niña la mecieron en sus membrudos brazos.

**EN NUEVA YORK. — LA
LUCHA POR LA VIDA. —
: : : EN CHICAGO : : :**

Y Carol Holloway se presentó en la inmensa ciudad de los rascacielos sin otro bagaje que su afán por abrirse paso en la vida y sin otros recursos que un puñado de dólares que le habían sobrado del viaje.

¿Qué iba a hacer en aquella ciudad de pesadilla? ¿A dónde se dirigiría entre aquella vorágine de vehículos y personas, que la aturdió y la asustaba más que si se hallase luchando con los obreros de la explotación forestal en los bosques de Nebraska?

Se hospedó en una modesta casa de huéspedes de los suburbios, y se dedicó a esperar que se le terminase el último dólar.

Prefería esta solución a volver de nuevo a lanzarse a través de aquellas calles de vértigo. Y en aquella casa esperó hasta que los dueños le llamaron la atención.

Fué entonces cuando por vez primera vió muy cerca de sí la mueca horrible de la miseria y comprendió que no le quedaba más remedio que trabajar, fuese como fuese.

Empezó a buscar colocación en calidad de obrera para desempeñar trabajos fáciles, de esos que no requieren una preparación especial. Y durante varios meses fué plegadora de papel, hizo cajas de cartón y trabajó, en fin, en los oficios más diversos.

Vivía una vida miserable y solitaria, en lucha diaria con la pobreza, procurando no malgastar aquellas pocas monedas que cobraba a la semana. Vivía sin distracciones y sin amistades, soñando sempre con la libertad de que gozaba en los bosques de Nebraska; agotando su juventud en aquella vida de taller y de fábrica, para la que no había nacido.

Y comprendió entonces que desde allí en adelante su vida seguiría encadenada a aquella monotonía y a aquella miseria, si un gesto suyo no la salvaba.

Y tuvo ese gesto. Un día aparecieron en una agencia de colocaciones de Nueva York grandes carteles pidiendo acomodadoras bien parecidas para un teatro que se abría en Chicago. Carol fué avisada por una compañera suya de la ocasión que se le brindaba para abandonar Nueva York, donde tantas amarguras había padecido. Y la que más tarde había de asombrar a mundo con sus hazañas sobre el lienzo se consideró dichosa al poder huir de la ciudad inmensa que amenazaba triturlarla con sus tentáculos.

En Chicago halló Carol una vida muy parecida a la que había visto desarrollarse a su lado en Nueva York. El mismo ruido de los vehículos, el mismo aire enrarecido por el humo de las fábricas. Pero en cambio la forma material del vivir se le presentaba bajo un aspecto mucho más amable. Ya no tenía tan cerca de sí el rostro huesudo de la miseria, ya no era su obsesión el problema diario que tenía que resolver.

Ganaba veinte dólares a la semana y este sueldo le permitía moverse con cierta holgura y hasta gozar de varias de esas encantadoras trivialidades que tanto agradan a las mujeres, y de las cuales la Holloway jamás había disfrutado.

Además, tenía ahora diversiones gratuitas, que la encantaban. Una de ellas, la principal, era el contemplar de pie, desde la última fila de butacas, las funciones que los cómicos representaban. Pero ella, muchacha nacida y criada en el campo, aquellas comedias tenían un encanto extraordinario.

Y tanto se entusiasmaba con estas representaciones, que muchas veces algún espectador tenía que llamarle la atención para que le acompañase a su asiento.

No tardaron los cómicos en darse cuenta del interés que su trabajo despertaba en la acomodadora, y Robert Harding, el director, le propuso que tomase parte en algunas funciones, desempeñando un insignificante papel de corista.

La proposición no sedujo a Carol y se negó obstinadamente a aceptar el puesto que se le ofrecía y que ella consideraba denigrante. Pero Harding le había ido tomando cariño a la muchacha, y poco a poco en conversaciones que tenía con ella a la terminación de las funciones, se enteraba de su vida anterior, tan llena de libertad y de santa independencia.

Y se propuso pulir y utilizar aquel temperamento en bruto, abriéndole horizontes nuevos e insospechados.

Cuando llegaba el verano, la compañía que él dirigía se contrataba con fabricantes de películas para producir cintas más o menos interesantes, que tenían como base de su argumento el escenario al aire libre.

Al llegar esa fecha y verse todos amenazados por el próximo



CAROL HOLLOWAY en « Panther »

LAS GRANDES ACTRICES DE LAS SERIES



CAROL HOLLOWAY en "La prueba del hierro"



CAROL HOLLOWAY en «La prueba del Hierro»

cierre del teatro, Robert Harding volvió a proponer a Carol que formase parte de su compañía. Y Carol, esta vez, aceptó. Aceptó llena de entusiasmo, primero, porque el director le había prometido que podría trabajar dentro del marco imponente de la Naturaleza, dando rienda suelta a sus aficiones cowboyescas, y luego, porque, cerrado el teatro, en Chicago no le quedaba nada que hacer, como no fuese volver a rodar por las fábricas, igual que lo había hecho en Nueva York.

Y un día cálido de julio abandonó la gran ciudad de Chicago, formando parte de la compañía cinematográfica de Robert Harding.

CAROL HOLLOWAY AR-
TISTA CINEMATOGRA-
FICO. — SU DEBUT EN EL
: : : : : CINE : : : : :

Poco tiempo tardó Carol Holloway en debutar como artitta cinematográfica de las de menor cuantía.

No fueron sus comienzos como los de muchas estrellas actuales, que de un salto mortal se encuentran remontadas a la cumbre. No. La labor de la Holloway para llegar al puesto que hoy ocupa fué una labor de lentitud, de paciencia en sus comienzos, hasta que se decidió a llamar en su ayuda a la audacia, la Diosa que a veces acompaña a los jugadores y a los aventureros.

Empezó haciendo papelitos sin importancia en la compañía de Harding. Eran unos papelitos anodinos, de criada que sale por una puerta y desaparece por otra, moviendo mucho las caderas al pasar por el centro de la escena.

A Carol, esto, no le parecía ser artista, y en algunas ocasiones que se atrevía, así se lo decía a su director. Pero Harding, paternal, muy benévolo, le respondía invariablemente:

— ¿Y qué le vamos a hacer, muchacha? No quieres acostumbrarte a vestir ni a accionar como en sociedad y con esas maneras un poquitín rudas que tienes, no puedo confiarte el papel de hija de una princesa.

La artista en ciernes ahogaba la rabia que le producían estas respuestas secas y terminantes, y trataba de aprender los gestos y los ademanes de sus compañeras. Pero su temperamento independiente le obligaba a abandonar bien pronto aquellos estudios complicados y volvía a moverse y a accionar como cuando se hallaba

entre los obreros de su padre, un poco pulimentada en Chicago y en Nueva York.

Un día, sin embargo, quiso el destino que la linda Carol debutase al fin como verdadera artista cinematográfica.

La compañía de Robert Harding había sido contratada por una importante manufactura de Los Angeles para interpretar una serie de películas, aprovechando los últimos meses del verano y parte del otoño. Una de las primeras películas que se iban a filmar era «La hija del lago», cuyo argumento tenía como personaje central a una pobre muchacha campesina.

Entonces, cuando nadie lo esperaba, Harding pensó en Carol Holloway para interpretar aquel papel. El director conocía perfectamente el carácter de su discípula y comprendió que sólo ella, si lograba dominar sus nervios y moverse ante el objetivo con naturalidad, lograría dar una vida intensa a aquel papel. No le importaron a Harding las murmuraciones de los cómicos, particularmente de la primera actriz, que había visto usurpado su puesto por la intrusa. Y después de algunos ensayos, en que la artista puso toda su voluntad para salir airoso, se procedió a escoger los exteriores para filmar las primeras escenas de la película.

Y Carol, al verse en pleno campo, en medio de la Naturaleza que tanto amaba y que le recordaba los días felices de su infancia y de su adolescencia; se sintió capaz de realizar las pruebas más difíciles. Y ante el asombro de todos, incluso de su director, que no se hallaba muy seguro de su nueva artista, Carol bordó su papel. Y supo reír con cascabelera alegría, y supo llorar con sincera emoción, y supo moverse con absoluta naturalidad y sencillez, poniendo cátedra de arte puro bajo la verde bóveda de los árboles, que eran para ella la suprema inspiración.

Aquella película obtuvo un éxito franco, y el nombre de la novel actriz empezó a pronunciarse en los corrillos cinematográficos de Los Angeles y Nueva York.

**EN VISTA DE SU ÉXITO,
LA HOLLOWAY TRATA
DE PONER SU VALOR AL
: SERVICIO DEL CINE :**

Diferencias surgidas en el seno de la compañía de Harding, a raíz del estreno de «La hija del lago», obligaron a Carol Holloway a abandonar aquella *troupe*, para que los artistas de primera categoría pudiesen seguir disfrutando de su puesto de estrellas.

Un periódico nos habla en la siguiente forma de esta etapa de Carol.

«... Luego, deseando ganar las cantidades fabulosas que cobraban en los Estados Unidos otras estrellas de la pantalla, pensó en su vida libre en los bosques de Nebraska, en los peligros que había arrostrado y que habían curtido su temperamento haciéndole perder el miedo en absoluto.

Y entonces se ofreció a las manufacturas americanas para desempeñar en el lienzo trabajos difíciles y arriesgados, de esos que hacen necesario el seguro de vida.

De ahí vino su apogeo en el cine.

El director de una manufactura se ofreció a contratarla, siempre que ante él diese una muestra de su valor que le convenciese en absoluto.

No vaciló la Holloway, y al día siguiente salieron de paseo el director de dicha manufactura, algunos artistas y la Holloway.

Había ansiedad en todos los ánimos. Carolina había ofrecido que la prueba que daría aquella tarde de su valor los dejaría satisfechos.

Y todos esperaban que llegase el momento emocionante.

Se acercaban a un gran puente de hierro que se extendía a poca altura sobre la vía del tren. Cuando llegaron a la mitad la Holloway se detuvo y dijo al director:

— Aquí está la prueba que he ofrecido. En cuano pase el primer tren me arrojaré desde aquí sobre el techo de un vagón y continuaré allí hasta la primera estación. Ahora, que usted se encargará de pagar la multa que seguramente me impondrán.

Y pasaron unos momentos de angustia. Se oyó silbar a lo lejos una locomotora, y al poco tiempo, sobre las cintas de los rieles apareció un expreso que caminaba velozmente.

Carolina se subió al pretil del puente, y cuando pasó la locomotora se arrojó al espacio.

Un segundo después, ya un poco lejos, se tambaleaba sobre el techo de un vagón.

Los artistas y el director, sin poderse contener, le tributaron una ovación, que todavía debió llegar, apagada, a los oídos de la muchacha.

Desde entonces se dedicó en el cine a los trabajos arriesgados, demostrativos de una valor poco común.»

Algún tiempo permaneció Carol Holloway en esta manufactura, que no era otra que la Mutual. Empezó a progresar rápidamente, guiada en su trabajo por directores expertos, que de vez en cuando se veían obligados a poner un dique a su intrepidez.

Así aprendió a dominar su valor, en no malgastarlo en empresas inútiles, sino esperar a poder emplearlo donde pudiese lucir en toda su brillantez.

En uno de estos alardes de valor inaudito fué donde Carol, sufrió un accidente que puso en peligro su vida, impidiéndole durante mucho tiempo continuar realizando proezas ante la cámara.

Se proyectaban en las praderas de California las escenas de una película en episodios que editaba la Mutual. Carol Holloway interpretaba en ella el papel principal, un papel masculino de *cow-boy*, que satisfacía todos sus anhelos de vida libre y salvaje. Y la joven se entregó plenamente al papel, olvidando la cámara, el director, todos aquellos elementos que se hallaban allí para recordarle que no se encontraba campando por sus respetos en los bosques de Nebraska.

El caballo que Carol montaba era un potro indomable, que de vez en cuando se acordaba de su reciente libertad en las praderas. En esos momentos daba botes y coces, que ponían en peligro el equilibrio del jinete. En cambio, otras veces, galopaba suavemente, obedeciendo al mandato de las bridas.

La Holloway llegó a confiarse con tal bruto y se entregó al amable placer de galopar con la cabellera suelta, como lo hacía en los tiempos en que vivía su padre.

De pronto, cuando la carrera era más frenética el animal se detuvo en seco y Carol salió despedida por las orejas, yendo a caer sobre unas rocas que bordeaban el camino.

Cuando sus compañeros acudieron a recogerla, la artista yacía sin sentido, con el rostro bañado en sangre, con los huesos del cuerpo rotos por la tremenda caída.

Este accidente puso un paréntesis en su labor. Por espacio de muchas semanas estuvo la intrépida muchacha luchando entre la vida y la muerte. Pero, por fin, su naturaleza robusta venció a la importancia de sus heridas, y al cabo de tres meses pudo reanudar sus trabajos en cinematografía.

Pero no amedrentó su ánimo el accidente sufrido, y no bien reemprendió sus trabajos en el cine, a intrépida Carol volvió a poner con el alma en un hilo a sus directores y compañeros.





Retrato de Carol Holloway

Dibujo de Moner

York y Chicago, y al compararlos con los presentes, se siente todavía más feliz, viendo que al fin ha logrado arrojar lejos de sí la máscara trágica de la miseria.

Así es de modesta y sencilla Carol Holloway, una de las más sobresalientes figuras del peligroso género de las películas de series.

MIGUEL GARCÍA ACUNA



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	España y Portugal:	18 ptas.	-Extranjero:	25 ptas.
» semestral	»	9 »	»	12'50 »
» trimestral	»	4'50 »	»	6'25 »

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

NUESTRO BUZÓN

Antonio García de Longoria. — No tenemos argumentos de cintas, pero tenemos publicada la primera serie de postales «Estrellas del Lienzo».

Cow boy Jack. — Madrid. — La dirección de Harold Lloyd es Pathé Exchange, New-York.

Cefertina T. — La carta ha llegado. Los besos no. Unicamente podemos indicarle la dirección de Tsuru Aoki; Robertson Cole, New-York.

F. M. M. — Madrid. — Repase la colección de «TRAS LA PANTALLA» y encontrará todas las direcciones que desea. ¡No se ha quedado corto preguntando!

L. F. — Málaga. — Tenemos en cartera la biografía de Mary Osborne. Ahí va la de Carol Holloway. La dirección de Mildred Moore no la tenemos. La de Neva Gerber es 217, N. Western Ave., Los Angeles, California.

W. Hersant. — George Walsh, Fox Studios, 56 th. St. and 10 th. Av. New-York. Pearl White, la misma. Antonio Moreno, Athletic Club, Los Angeles, California. W. Duncan, la misma. Douglas Fairbanks, Beverly Hills, California. Todos en Estados Unidos. En español nadie más le entenderá sino Moreno, y Douglas tal vez un poco. Escribalos en francés a los restantes. ¿No va más?

José González. — Valencia. — Mande 40 céntimos en sellos y le remitiremos el cuaderno de Gustavo Serena, más 35 céntimos si lo quiere certificado. George Walsh, la acabamos de dar. No le escriba en español porque no le entenderá. Hágalo también por lo menos en francés.

Therèse V. — Olot. — Suponemos le satisfará el número de Tullio Carminati que publicaremos la próxima semana. Su dirección es Tiber Film, Roma. Si desea declararse ya nos dirá lo que ha pasado.

J. L. — Madrid. — George Larkin es casado con Ollie Kirkby. De Fred Zorrilla andamos sin datos por ahora.



TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Cuadernos publicados

De venta en esta Admón.: Bruch, 3 - Barcelona, y en casa nuestros agentes exclusivos al precio de 35 céntos.

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición. — N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición. — N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición. — N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición. — N.º 5 Charles Ray. — N.º 6 William Duncan, 2.ª edición. — N.º 7 Pearl White, 2.ª edición. — N.º 8 Gustavo Serena. — N.º 9 Pina Menichelli. — N.º 10 Max Linder. — N.º 11 Margarita Clark. — N.º 12 Eddie Polo. — N.º 13 Maria Walcamp. — N.º 14 Wallace Reid. — N.º 15 René Cresté. — N.º 16 Hesperia. — N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty). — N.º 18 Mabel Normand. — N.º 19 William S. Hart. — N.º 20 Juanita Hansen. — N.º 21 Sessue Hayakawa. — N.º 22 Dorothy Dalton. — N.º 23 George Walsh. — N.º 24 Susana Grandais. — N.º 25 Tom Moore. — N.º 26 Norma Talmadge. — N.º 27 Harry Houdini. — N.º 28 Paulina Frederick. — N.º 29 Harold Lloyd. — N.º 30 William Farnum. — N.º 31 Madge Kennedy

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 pts.

N.º 32 Antonio Moreno
» 33 Huguette Duflos
» 34 Leon Mathot

N.º 35 Henny Porten
» 36 Tom Mix

ESTRELLAS DEL LIENZO

de "PUBLICACIONES COSMOS"

Magnífica colección de postales de artistas cinematográficos

SERIE A FRANCESCA BERTINI : WALLACE REID : BILLIE BURKE : TOM MOORE : RUTH CLIFFORD

Precio: 20 céntimos cada una y 90 céntimos la serie

Los encargos fuera Barcelona, los serviremos, previo el envío de su importe por giro postal o sellos de correo, mediante un aumento de 5 céntos. por cada remesa. Certificados, 55 céntos. Precios especiales para los corresponsales de esta Revista

Depósitos para la venta:

Bruch, 3 ~ BARCELONA ~ Pretil de los Consejos, 3 ~ MADRID
y en todas las principales Papelerías y Librerías de España